QUEBRADA

Agachado, de rodillas frente al filón de un metro de espesor, Buddy se dejaba mecer por el ritmo de trabajo de la cuadrilla; el brillo del carbón y la arenisca bajo las lámparas de los cascos, el continuo llenar, subir y vaciar. Aquello no tenía nada que ver con una mina de verdad, nada de túneles profundos o descensos en la jaula, allí no hacían otra cosa que llenar, subir y vaciar, no veían otra cosa que el resplandor de los focos de la cuadrilla. Buddy se dejaba mecer y soñaba despierto. Recordó un día que su padre lo bajó a la cisterna: muchos veranos atrás había tocado las frías baldosas de los muros, había respirado el aire húmedo que subía desde la superficie del agua, había oído el crujir de la polea en el círculo azul en lo alto. El cubo de estaño se retorcía bajo sus pies pequeños y había gritado. Su padre había tirado de él hacia arriba. «Así se hace», había dicho, riéndose, al llevarse a Buddy a casa.

Pero eso fue antes de todo: antes de que se marcharan de la sierra, antes de que la gran mina cerrase, antes de los subsidios. Abajo, los hombres estaban tranquilos y Buddy se preguntó si perdían el tiempo pensando en estupideces. Desde donde trabajaba agachado, podía ver la sonrisa de luz en el brocal, el viento de marzo que levantaba el polvo formando nube-

Trilobites_1aEd.indd 46 09/02/12 16:48

cillas negras. La vagoneta de media tonelada estaba llena y el último hombre de la cuadrilla la empujó hacia la tolva sobre los estrechos raíles.

Tómate un descanso, le llegó la voz desde la abertura, y Buddy, mientras dejaba a un lado la pala, vio a su primo Curtis, que se metía por la bocamina. Arrastraba tras de sí un poste de chopo mientras avanzaba a gatas junto a la cuerda de hombres de camino al frente. Buddy se quedó mirando a su primo mientras enderezaba el poste. No alcanzaba y Curtis tuvo que calzarle unas cuñas a martillazos para fijarlo bien.

–¿Lo has conseguido? –preguntó Buddy.

–No del todo, pero mira qué guapa está quedando.

Estep, el capataz de Buddy, gruñó y soltó una carcajada: –Este jodido filón se hunde demasiado. Sólo encontraremos carbón en este maldito agujero. ¿Cuándo vamos a tocar oro?

Buddy sintió en la cara el foco de Estep y se volvió hacia la luz. Estep lucía una sonrisa de oreja a oreja, con un corte violeta en la mejilla, de una pelea, del que la sangre todavía manaba a través del polvo y el sudor.

–¿Un pellizco? –Estep le ofreció la petaca y Buddy cogió una pizca de tabaco, después se apoyaron espalda contra espalda, estirando las piernas, y empezaron a mascar el tabaco.

–El frente de avance es cada vez más alto –dijo Estep.

Buddy podía sentir la vibración de su voz en la espalda.

Trilobites_1aEd.indd 47 09/02/12 16:48

–Lo mismo que en Storm Creek –dijo, ajustándose las rodilleras caídas.

–Y lo mismo que en la galería de Johnson.

–¡Curt! –gritó Buddy–. ¿Cuándo van a hacer un sondeo de esta sierra?

–Madre de Dios, ni idea –dijo, mientras intentaba calzar otra cuña.

–Hará de eso sesenta años –dijo Estep–. Me acuerdo de tu abuelo cuando se lió a tiros con ellos. Se creían abogados de Filadelfia los muy cretinos.

–Sí.

Buddy se rió al recordar aquellas historias.

Cerca del brocal, donde el resto de la cuadrilla se había reunido para tomarse un respiro, se oyó una sonrisa aguda y a Buddy se le tensaron los músculos.

–Un día de éstos le voy a retorcer el pescuezo al Fuller ese –dijo, y escupió el jugo dulce del tabaco.

–¿Aún te comes el coco con lo que te dijo?

–Desde que se compró el coche, el tipo este no vale una mierda.

–Es por Sally, ¿no?

–No, olvídate de ella. No vale nada…

El grupo volvía a reírse y una voz dijo:

–Pregúntale a Buddy.

–¿Preguntarle qué? –Buddy pasó el haz de su foco por el corro de rostros mugrientos, el único que lucía una sonrisa de oreja a oreja era el de Fuller.

–¿Sally vuelve a hacer la calle? –dijo Fuller, sonriendo.

–Que te jodan –dijo Buddy, pero antes de que pudiera saltarle encima, Estep le inmovilizó los codos

Trilobites_1aEd.indd 48 09/02/12 16:48

con los suyos y Fuller se echó a reír al ver su forcejeo. Curtis acudió enseguida y agarró a Buddy del cuello de la camisa.

–Ya veo que habéis descansado todos bastante –gritó Curtis y, cuando oyeron el ruido del carbón que caía de la tolva al camión, cogieron las palas y volvieron a formar la fila.

Buddy se sosegó y cedió ante Curtis y Estep.

–¡Esta noche nos vemos en el bar de Tiny! –gritó a Fuller.

Fuller soltó una carcajada.

–Cállate, Buddy –dijo Curtis–. Ve con Estep al frente de avance.

Estep le soltó y juntos avanzaron a rastras hasta la veta de carbón y cogieron los cinceles. El frente superaba ya el metro de altura y los dos hombres, arrodillados, podían enderezar las espaldas mientras picaban y extraían pedazos brillantes de carbón, que dejaban amontonados detrás para que la cuerda de hombres se los llevara.

–Me juego el cuello a que toda esta sierra está cargada de carbón.

–Seguro que sacamos más de diez billetes al día.

–¡Por Dios! –dijo Buddy, y, mientras cavaba, empezó a cavilar si con ese sueldo Sally se quedaría con él. Acordándose de Fuller, golpeó el frente con más fuerza y salieron disparadas unas cuantas esquirlas de carbón.

Estep paró de cavar y se pasó una manga sucia por el ojo. Buddy tosía como un perro mientras picaba el carbón que caía a sus pies.

Trilobites_1aEd.indd 49 09/02/12 16:48

–Para ya de espantar moscas, me estás metiendo carbón en los ojos.

Buddy dejó de picar. La voz de Estep le había barrido la ira, dejándolo frío y empequeñecido ante el relumbre del frente de carbón, aunque se sabía más hombre que Estep o Fuller.

–Lo siento, es que me saca de quicio. –Tosió.

–Tendrás tu oportunidad esta noche. Venga, coge el ritmo... Uno, dos...

Juntos, reanudaron la tarea y la cuadrilla recuperó el ritmo. El tintineo de las picas y el trasiego de las palas se les metió en los músculos y no pararon hasta que oyeron el estruendo de la vagoneta que regresaba vacía. La capa de carbón crecía donde debería haberse estrechado y se pusieron en cuclillas, cavando en dirección a la fina línea gris que subía al cielo de la galería.

–Ve a buscar unos picos –dijo Buddy, con una sonrisa.

–Todavía no. Hay que apuntalar primero.

Curtis se deslizó entre la cuerda de hombres y avanzó hasta el frente; el haz de su linterna subía y bajaba a través del polvo. Cuando le vieron llegar, Buddy y Estep se apoyaron en las paredes laterales para dejarle espacio. Curtis puso entonces un nivel de bolsillo en el cielo de la galería y se quedó mirando la burbuja, que subía hacia el frente.

–Libráis hasta el lunes –dijo–. No tenemos suficiente madera para apuntalar todo esto.

Trilobites_1aEd.indd 50 09/02/12 16:48

Cuando los hombres subían reptando hacia la escombrera, el silbido de una carcajada se deslizó galería abajo hasta llegar al frente, y Buddy se tumbó boca abajo para subir arrastrándose hasta el exterior, sin prisa. Ganarse un mísero dólar le había dejado agotado y esperó junto a la tolva a que llegaran Estep y Curtis, mientras el aire frío le secaba el sudor, soldándole la mugre a la piel. Los bramidos de un camión carbonero que iba en primera no le impidieron oír los ladridos de un perro en el valle. Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la tolva.

Desde la bocamina hasta la cima de la colina, se extendía un páramo de unos veinte metros donde los tallos sin vida de las espiguillas se mecían al viento. Buddy pensó que les llevaría un mes por lo menos deshacerse de todo el mineral estéril y que tardarían un año en extraer el carbón. Sabía que Sally no iba a esperarle, tampoco estaba muy seguro de querer que lo hiciera.

Se acordó de una época en que el dinero que Sally se gastaba en maquillaje y caprichos habría bastado para alimentar a su madre y a sus hermanas con algo más que las raciones de comida que el Estado les entregaba en bolsas de color malva.

Estep salió y Buddy le ofreció un pitillo. Se quedaron mirando el camión, que bailaba bajo el depósito para nivelar la carga.

–Va a reventar la mina, el muy cabrón –gruñó Estep al conductor, que se afanaba con el camión ladera abajo.

–También reventaremos nosotros, con todo el carbón que hay.

Trilobites_1aEd.indd 51 09/02/12 16:48

Buddy contempló las estribaciones occidentales de la sierra, que el sol pintaba con una fría capa de fuego.

Curtis les alcanzó, sonriendo.

–Me largo a casa a pillarme una buena turca.

–La última vez que me dio por ahí –dijo Estep–, terminé con una boca más que alimentar. Yo me quedo. Así no le quito ojo a nuestro viejo loco. Me da que le apetece armarla en el bar de Tiny.

–Pues claro que iré –dijo Buddy, como si todavía tuviera algo que perder.

–Déjanos una migaja de Fuller, que el lunes hay que meterse en la madriguera –dijo Curtis, quitándose el casco.

Buddy miró las hebras de pelo blanco que el hollín no había sepultado.

–No puedo prometer nada –dijo antes de enfilar cuesta abajo hacia la carretera.

–Te recojo esta noche a las ocho –gritó Estep a Buddy, que se despedía desde el camino agitando la fiambrera.

La noche empezó a encaramarse por la quebrada y, al llegar a la polvorienta carretera de acceso, Buddy sintió que el aire frío le engullía y empezó a toser. Unos retales de nubes se apiñaron sobre la quebrada con un resplandor rosado. Tomó la carretera asfaltada, al caminar la fiambrera le golpeaba en la pierna, y recordó que de niño ya odiaba a Fuller porque una vez le había llamado pueblerino. Después de veinte años viviendo en la quebrada, había entendido por qué le odiaba Fuller.

Trilobites_1aEd.indd 52 09/02/12 16:48

Se rio de nuevo al pensar en el carbón. Tendría coche nuevo, y una casa prefabricada nueva... quizá de las grandes. Pensó en maneras de convencer a Curtis de que era mejor abandonar el trabajo subterráneo. Por un instante pensó en decirle a Sally que le acompañara a Chelyan para echar un vistazo a las casas prefabricadas, pero enseguida recordó que ella quería romper con él.

En la penumbra, pudo ver la tolva abandonada, suspendida sobre los raíles. Su padre había muerto aplastado en ese mismo lugar, sólo diez días antes de que cerraran la empresa, sin dejar a los mineros otra opción que el paro o el trabajo de esquirol. Hacía frío y la tolva crujía a medida que el calor del sol abandonaba el metal. Junto a la tolva, el transformador eléctrico de un castillete todavía zumbaba. No quedaba carbón, eso decían los ingenieros, pero Buddy siempre se había mofado de ellos, incluso cuando estuvo encuadrado en una brigada de ingenieros del ejército. A los pies de una escombrera incandescente de mineral estéril donde habían volcado los restos inservibles de pizarra, el hijo pequeño de Estep se paró, buscando algo.

–¿Qué haces por aquí, Andy?

–Piedras –dijo el niño–. Algunas tienen dibujitos.

Le dio un trozo de pizarra a Buddy.

–Fósiles. Bichos muertos. Hago una colección.

–¿Para qué quieres estos bichos muertos? –dijo, devolviéndole el trozo de pizarra.

El chico bajó la mirada y se encogió de hombros.

–Vete a casa, ¿me oyes? –dijo Buddy, y vio cómo Andy se perdía por la carretera secundaria, dejándole

Trilobites_1aEd.indd 53 09/02/12 16:48

a solas con el zumbido del transformador. Se preguntó por qué el niño parecía tan viejo.

Al cabo de un rato, después de reanudar la marcha por la carretera, pudo oír la jauría de perros, sus aullidos retumbaban en las laderas y se canalizaban entre la maquinaria de la plataforma de carga. Las nubes habían engordado y Buddy sintió las primeras gotitas de una llovizna que calaba en su rostro a través de la mugre. Al llegar a una zona menos arbolada, divisó su casa prefabricada; la herrumbre de los tornillos ya había perforado la última mano de pintura blanca que le había dado en verano. Los perros no andaban muy lejos, estaban un poco más arriba en la carretera, y se preguntó si podían oler a *Lindy*, su zorrita, una perra cazadora de raza, que tenía encerrada en casa. Sally estaba sentada junto a la ventana, atenta, a la espera, pero Buddy sabía que no le esperaba a él.

Lindy le hacía arrumacos a Sally, movía la cola al oír los pasos de Buddy, que salía del dormitorio y avanzaba por el pasillo. Sally se apartó de la ventana y puso los platos al lado de los fogones.

–Estep se pasa sobre las ocho –dijo Buddy, torciendo el gesto al levantar la tapa y ver el potaje de judías y nabos–. ¿No hay carne?

Sally no contestó, pero cogió su plato y se sirvió la comida, dejándole la panceta a Buddy. Luego se quedó mirándole mientras él se servía y reparó en las pecas de polvo negro que tenía incrustadas en la cara. Un ladrido de perro le quebró la mirada y fue a sen-

Trilobites_1aEd.indd 54 09/02/12 16:48

tarse a la mesa. Sally podía oírles husmear bajo el suelo de la casa.

–Estos perros me sacan de quicio –dijo ella, cuando Buddy se sentó a su lado.

–Bueno, la perra no sale de casa. Lo último que me falta es una camada de chuchos.

Buddy aplastó las patatas entre los dientes del tenedor para pescar la carne magra entre el potaje. Le gustaba verla comer.

–Sally, hay dinero a la vista.

–No empieces. Siempre estás igual, pero luego el dinero ni lo vemos.

–Esta vez va en serio. Lo he pensado con Estep. Con una excavadora D9 y una pala mecánica nos arreglaríamos enseguida. A Curt ya le hicieron el contrato.

–Pensaba que tus viejos ya habían tenido bastante con estas sierras.

Buddy recordó estar en un funeral a pleno sol. No sabía quién era el muerto, pero el tufo de Vitalis[6] que despedían las manos de su padre le había revuelto el estómago y los zapatos nuevos le hacían daño.

–Mi padre nunca tuvo dónde caerse muerto. Sal, quédate conmigo.

Desganada, Sally trazó unas curvas en el potaje de alubias con el tenedor y dijo que no con la cabeza.

–No, estoy cansada de tener que vivir de cháchara.

–No es cháchara. ¿Por qué has estado conmigo todo este tiempo?

[6] Tónico capilar que, pese a su desagradable olor, se hizo muy popular en Estados Unidos en la década de 1950.

Trilobites_1aEd.indd 55 09/02/12 16:48

–Por la cháchara.

–¿Y el amor? El amor no es cháchara.

–El amor es cháchara de puta.

Su mano se levantó como una centella de la mesa y le cruzó la cara. Sally se sonrojó y se levantó despacio, dejó el plato en el fregadero y se fue por el pasillo hasta el dormitorio. Buddy oyó que encendía la tele, pero el sonido se apagó, y no quedó otro ruido que el gañido de los perros. Vio cómo se le enfriaba el plato, con la grasa cuajada en los bordes.

Fue a por bourbon para el café y dejó el plato en el suelo para la perra. Luego se asomó a la ventana. La luz del foco brillaba en los ojos de los perros con un fulgor verde, la jauría rodeaba la casa prefabricada, los perros hablaban y esperaban. Apagó el foco y miró en derredor, tratando de descubrir qué había llamado la atención a Sally, pero sólo el cielo levemente gris y el espejismo casi negro de la carretera tocaban la quebrada.

En la oscuridad, encontró su rifle calibre treinta-treinta y la linterna. Abrió la ventana de celosía y pasó el cañón y la linterna entre las lamas de cristal. El haz de luz superó a dos sabuesos huesudos y voló hasta posarse en un spitz zarrapastroso. Buddy disparó contra esas esferas de luz y la bala silbó entre las charcas y las torrenteras.

Los perros se desperdigaron detrás de los arbustos al otro lado de la carretera y el spitz se quedó solo en el patio, agonizando. *Lindy*, después de oír los gemidos del perro, llegó desde el otro lado de la casa. Cuando los gemidos cesaron, se subió al sofá, movien-

Trilobites_1aEd.indd 56 09/02/12 16:48

do el rabo cada vez que veía pasar a Buddy de un lado para otro.

Sally, que ya estaba medio dormida, se incorporó sobresaltada al oír el disparo, pero volvió a amodorrarse enseguida, con la mirada perdida en el resplandor azul del televisor, que retozaba con las flores herrumbrosas que las filtraciones habían pintado en el techo, mientras los últimos granos de cocaína afluían a su cabeza. Se tumbó en la cama, sintió que flotaba en un océano de luz azul que la envolvía entre sus olas y se relajó. Sabía que era más guapa que las chicas del Club Thunderball, o que la chica de la tele, y mucho más divertida.

–Mucho más –susurraba, una y otra vez.

La silueta de Buddy apareció en el quicio de la puerta.

–No van a volver –dijo.

–¿Quiénes?

Sally se incorporó y dejó que las sábanas cayeran sobre su regazo, dejando al descubierto sus pechos.

–Los perros.

–Ah, sí.

–No puedes ganarte la vida así, Sally. Demasiada mierda gratis por todas partes.

–¿Sí? ¿Y todo el dinero que ganas tú va a hacer que me quede aquí?

Buddy volvió sobre sus pasos por el pasillo.

–¿Buddy? –dijo ella, y oyó que se detenía–. Ven conmigo.

Mientras Buddy se quitaba los zapatos, Sally se sorprendió al ver que tenía la espalda más encorvada que

Trilobites_1aEd.indd 57 09/02/12 16:48

de costumbre, pero cuando se giró hacia ella, el pecho se le hinchó al desabrocharse la camisa. Frente a la cama, Buddy vio que la luz de la entrada se mezclaba con el resplandor del televisor, prestando a los ojos de Sally unos destellos blancos y rosados mientras se movía entre las olas de las sábanas para hacerle un hueco.

Buddy se metió en la cama y con las manos frías le acarició la cintura. Sally sintió que sus músculos temblaban un poco y le acarició la columna con un dedo para hacerle estremecer.

–¿Cuándo te vas?

–Muy pronto –dijo ella, arrimándole un poco más.

Estep volvió a pitar y *Lindy* empezó a danzar junto a la puerta, aullando.

–Ya voy, joder –murmuró Buddy, mientras se abrochaba la camisa. El reloj luminoso sobre la mesilla de noche marcaba las ocho y diez.

Sally apoyó la almohada contra el cabezal de la cama y se encendió otro pitillo. Mientras miraba a Buddy vestirse, apretó la mandíbula y empezó a hacer girar la ceniza del cigarrillo hasta convertir el ascua en un punzón. «Hasta luego», dijo, cuando Buddy salió al pasillo.

–Sí, hasta luego –respondió él, mientras cerraba la puerta sin dejar que la perra saliera.

Fuera, la neblina se mezclaba con la nieve y el spitz yacía tan congelado como las gotas de agua que le perlaban el pellejo. Buddy lo dejó ahí, como advertencia para la jauría, y anduvo dejándose guiar por el

Trilobites_1aEd.indd 58 09/02/12 16:48

crepitar del motor de Estep y el ruido seco de los limpiaparabrisas. Antes de que pudiera abrir la puerta del coche, sintió una punzada de dolor en los pulmones, pero aguantó la respiración para contener el dolor y luego procuró olvidarlo dejándose llevar por el zumbido de la radio.

–¿Qué hay de nuevo, loco? –dijo Estep, mientras Buddy se subía al coche tosiendo.

–Dime, ¿sabes para qué quiere Curtis los puntales?

–Para asegurar el maldito frente, ¡tarugo!

–Y excavar todo el filón, hasta el final, aunque haya que irse a pique. Es de la vieja escuela. Picar a la antigua, hasta el fondo, esa mierda es lo que le gusta hacer.

–¿Adónde quieres llegar?

–¿Cuántos crees que se negarían a meterse en el tajo si el lunes me da por ahuecar el ala?

–Buddy, no me vengas con huelgas. Tengo una familia que alimentar.

–Dime… ¿Cuántos crees que me seguirían?

–Casi todos –dijo Estep–. Aunque tal vez Fuller no.

Buddy asintió con la cabeza:

–Creo que él también se sumaría.

–Se te va la olla, Buddy. Curt es pariente tuyo. No puedes ir a la huelga contra uno de los tuyos.

–Curt no me cae mal. –Buddy tosió–. Pero deja que te diga algo: hay una manera más fácil de sacar todo el carbón.

–No funcionará, Buddy. Si hacemos algo así, nos echan a todos. Además, la tierra no valdrá nada después.

Trilobites_1aEd.indd 59 09/02/12 16:48

–La tierra –masculló–, la tierra no vale nada de todos modos. Además, podríamos trabajar juntos. Daríamos trabajo a todo el mundo en nuestro agujero. Y a todos los de Storm Creek. Y a ese inútil de Johnson. A partes iguales. ¿Sabes cuánto podríamos sacarnos?

–No creo que sea mucho si das trabajo a todo el mundo.

–¿Qué te parece cincuenta de los grandes? ¿Crees que bastaría? –preguntó, y le dio una palmada en el brazo–. ¿Sí o no, Estep?

–¿Y de dónde sacamos la maquinaria?

–Préstamos a cuenta del carbón. A Curt ya le hicieron el contrato... Sólo necesita que alguien se lo meta en la cabeza. ¿Estás conmigo?

–Dalo por hecho.

Avanzaban por la carretera, los copos de nieve se arremolinaban contra el cristal, se deshacían antes de que el limpiaparabrisas los barriera. Entre los árboles, Buddy vio la ristra de bombillas amarillas tendidas sobre la puerta y las ventanas del bar de Tiny.

–Johnson ha descubierto quién está sisando carbón –dijo Estep, antes de aparcar el coche–. Es el viejo Cox.

–¿Y cómo está tan seguro?

–Taladró un pedazo de carbón y le metió un cartucho. Luego lo tapó con carbonilla y cola.

–¡Madre de Dios!

–Bueno, no le hizo daño. Sólo le asustó un poco –dijo Estep, maniobrando entre los baches del aparcamiento.

Trilobites_1aEd.indd 60 09/02/12 16:48

–Menudo tarugo el tío, qué mal rollo –masculló Buddy, antes de abrir la puerta del coche.

En el bar de Tiny, Buddy saludó con gestos de cabeza y manos a los amigos, que bebían entre carcajadas y humo, aunque no vio a Fuller. Se lo preguntó a Tiny, aunque el hombre, que sólo tenía una oreja, se encogió de hombros y se limitó a servirle dos cervezas mientras Buddy sacaba el dinero. Se acercó a la mesa de billar, puso una moneda junto a otras cuatro y regresó a acodarse en la barra junto a Estep.

–¡Qué potra tienes! –gritó Buddy después de una de las tacadas de Johnson.

–¡Pues anda que tú! –sonrió Johnson–. Además, aquí las monedas de los otros vuelan.

Llegó Fuller, se acercó a la barra y saludó levantado el mentón cuando Tiny se le acercó.

–A buenas horas... –dijo Buddy.

–Sally está ahí fuera. Quiere hablar contigo.

–¿Qué traes en el coche? ¿Unos cuantos esbirros para que te echen una mano?

–Compruébalo tú mismo.

Fuller señaló la ventana. Sally estaba sentada con *Lindy* en el asiento delantero del coche. Buddy salió con Fuller y le pidió a Sally que bajase la ventanilla, pero ella abrió la puerta y dejó salir a la perra.

–Te toca hacer de niñera un ratito –dijo ella.

Riéndose, Fuller puso en marcha el coche.

Buddy se agachó para ponerle el collar, pero la perra no se separaba de él. Al incorporarse, Buddy vio que el coche se alejaba, con su televisor dando botes en el asiento de atrás.

Trilobites_1aEd.indd 61 09/02/12 16:48

–Vamos –le dijo Estep, a su espalda–. Nos emborrachamos y echamos unas partidas al billar.

–Se ha largado –dijo Buddy, y entró con la perra en el bar.

Buddy estaba tumbado sobre la moqueta de la casa. Una bolita de rayón le bailaba en la nariz al respirar, mientras trataba de recordar cómo había terminado ahí, pero el recuerdo de la sonrisa de Sally le confundía. Sabía que Estep lo había llevado a casa, que se había caído en el aparcamiento del bar, que había molido a palos a Fred Johnson, pero no sabía por qué.

Se levantó, se desperezó y caminó por el pasillo apoyándose en las paredes, hasta el lavabo. Le sangraba la frente y la luz repentina hizo que el cuarto se volviera violeta por un momento. Abrió el grifo de la ducha y puso la cabeza bajo el agua para lavarse el velo de sangre. En el espejo, vio las marcas que el dibujo de la moqueta le había dejado en la mejilla, también vio la ponzoña que le hinchaba las bolsas de los ojos. Quiso vomitar, pero no pudo.

–Perro viejo –masculló, y soltó un suspiro seco.

Encima de la tapa del retrete, vio medio vaso de bourbon con cola, lo vació en la taza y esperó a que la mezcla subiera en el agua o desapareciera por el sumidero. Apoyado en la pared, se acordó de *Lindy* y la llamó, pero la perra no apareció. Miró la hora en su reloj: eran las cinco y media.

Fue al salón y abrió la puerta: la nieve húmeda estaba empezando a cuajar formando pequeños parches

Trilobites_1aEd.indd 62 09/02/12 16:48

blancos sobre el asfalto. La llamó de nuevo y *Lindy* salió de detrás de la casa, con un sabueso que le iba a la zaga. Cerró la puerta entre los perros y se sentó en el sofá. *Lindy* subió a su lado de un salto. «Pobre vieja», dijo, dándole unas palmaditas en el lomo empapado. Estás hecha un desastre. Buddy tenía los nudillos partidos y sangre seca en los dedos, pero no sentía ningún escozor.

«Sal se ha ido, sí, se ha ido. Se ha ido. Sí. Pero dame un par de meses y te vas a enterar, sí, te vas a enterar.» Se vio en Charleston, en el club, llevándosela de vuelta a casa en un coche nuevo...

–¿Tienes hambre, vieja? Ven conmigo, que te voy a dar de comer.

Buscó carne fresca en la cocina, pero como no había, terminó abriendo una lata de sardinas. Mientras contemplaba los lengüetazos de la perra se sirvió un bourbon y se apoyó en la encimera; se sentía un poco mejor. En el fregadero, vio el plato de Sally, que tenía una capa reseca de potaje de alubias, y por un instante la echó de menos. Se rio para sus adentros: Te vas a enterar, pensó.

Lindy se metió debajo de la mesa y devolvió las sardinas tosiendo.

–No te culpo, perra –dijo, pero al ver la papilla de sardinas y saliva se imaginó a sí mismo fregando el suelo y supo que ese tufo no se iría nunca. No tenía por qué lavarlo, no tenía por qué dejar de comer carne o cualquier cosa que se le antojara. Cogió el rifle, que estaba apoyado donde lo había dejado, y *Lindy* empezó a ladrarle y a meterse entre sus piernas.

Trilobites_1aEd.indd 63 09/02/12 16:48

«¡No!», –gritó, al tiempo que levantaba el collar con el índice, ahogándola, hasta que pudo cerrar la puerta de casa.

Fuera, los copos caían con más fuerza, eran más grandes, terrones húmedos que trenzaban dibujos en la oscuridad. El ascenso hasta los riscos que había detrás de la casa prefabricada le sacudió los pulmones hasta hacerlos sangrar y se detuvo a escupir y respirar. Más descansado, reanudó la marcha, caminando despacio, mientras oía el crepitar de la nieve sobre las hojas secas.

Un lince rojo esperaba agazapado entre la maleza a que aquel hombre renqueante pasara de largo. El lince tenía los músculos en tensión, emboscado en la nieve y la niebla. Permaneció prácticamente inmóvil, con las garras desenfundadas, atento al ruido de los pasos, hasta que el hombre se perdió montaña arriba y el sonido se apagó. Entonces, el lince salió al camino y empezó a descender, deteniéndose un instante a olfatear el borbotón de sangre que el hombre había dejado sobre la nieve.

Cuando Buddy coronó el risco, desapareció el dolor de cabeza que le causaba la calefacción de la casa. Se detuvo antes de llegar a los bloques de sal que había colocado allí el otoño anterior. Aguantó la respiración para contener el pitido de sus pulmones, luego se sentó en su viejo tocón y contempló las primeras luces del alba, que empezaban a encenderse con un fulgor parduzco. Cargó el arma y acechó una vereda en la maleza, una vereda que había visto entre los filos de nieve bajo una luz espectral. Desde el fondo de

Trilobites_1aEd.indd 64 09/02/12 16:48

la quebrada, ascendían al cerro los gañidos de los perros. La vereda estaba vacía.

Tras él, se movió algo entre las hojas. Buddy volvió la cabeza lentamente y sintió el chasquido de los huesos de su cuello. Bajo la luz parda, distinguió las vigas podridas de un antiguo granero de madera donde había jugado de niño antes de que vendieran la tierra y bajaran a vivir a la quebrada. Algo pasó por su lado rozándole y huyó corriendo montaña arriba. Por los aullidos de los perros, imaginó que se trataba de un zorro.

El sol asomaba entre las nubes y la cresta de las montañas, tan rápido que podía apreciarse su ascenso, y esparcía destellos sobre las ramas cubiertas de nieve. Cuando apartó la vista del sol, sus ojos se clavaron en la silueta repentina de un ciervo inmóvil recortada contra el visillo dorado del amanecer.

Se movió lentamente, llevándose la mirilla del arma a la cara y apuntando a la sombra, y antes de que el estrépito retumbara en la quebrada, vislumbró un movimiento centelleante. Corrió al lugar donde había visto el ciervo, pero no vio sangre. Siguió el rastro del animal apenas diez metros hasta el lugar donde había caído. Era una cierva, tenía una herida como un labio rosado en la espaldilla, pero no había sangrado.

Trabajando con maña, sajó los tendones traseros, ató las patas con un cordel y colgó la pieza de una rama baja. Le rebanó el cuello y la sangre chorreó sobre la nieve, pero al subir con el cuchillo hacia el vientre, algo empezó a sacudirse dentro del animal, moviéndose contra la punta de metal. Siguió cortando y,

Trilobites_1aEd.indd 65 09/02/12 16:48

cuando las entrañas se descolgaron, cayó a sus pies un bulto que se retorcía.

Apartó el feto del cervato de un puntapié, soltó las vísceras de la cierva, cortó las patas traseras y dejó caer el resto del cuerpo para los carroñeros. Depositó tres tajadas de hígado sobre la nieve para que se enfriaran.

La sangre caliente de la cierva le quemaba en los nudillos partidos y se lavó las manos con nieve. Fue entonces cuando recordó por qué había golpeado a Fred Johnson: le había saboteado el carbón al viejo Cox. Empezó a reírse. Se imaginaba al viejo Cox gritando como un loco. Mierda, exclamó, moviendo la cabeza y riéndose.

Dio un mordisco a la tajada de hígado crudo y frío. Con el jugo entre los dientes, contempló los últimos estertores del cervato en la nieve humeante. Estaba impaciente por ahuecar el ala el lunes y se rio al imaginarse la cara que se le quedaría a Curtis: «Huelga», mascullaba una y otra vez.

Encaramado a un risco de la sierra, con los ojos bien abiertos, el lince aguardaba a que aquel hombre se marchara.

Trilobites_1aEd.indd 66 09/02/12 16:48